

Si yo soy mis memorias...

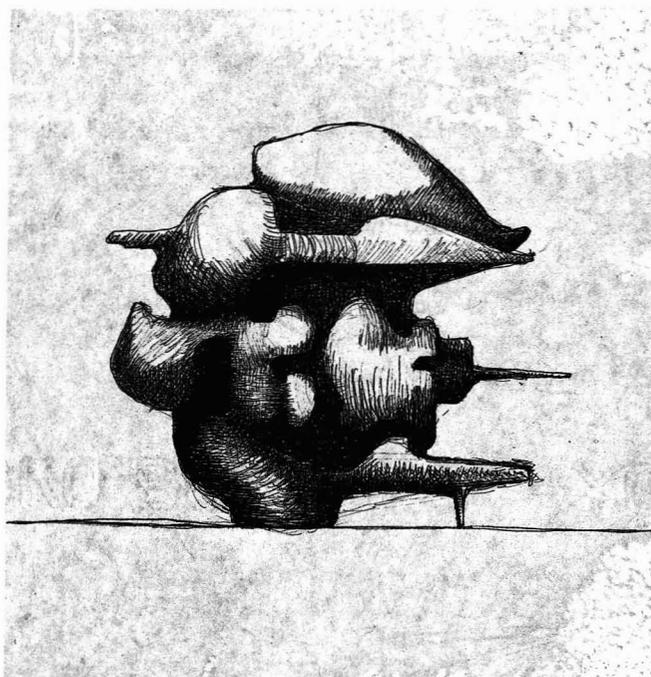
ALINE PETERSSON

Mi más temprana memoria es la de haberme adentrado en el mar en brazos de un tío. La sensación de lo inabarcable de las olas me produjo miedo. A lo largo del tiempo he elaborado mucho este recuerdo, tanto así, que hoy juraría que tuve una serie de reflexiones de tono casi sartreano acerca del mar que nunca acababa y de mi tío que iba a seguir caminando siempre en él. Está de más decir que nadie elucubra así a los dos años de edad. Acepto que la memoria es falaz y que se modifica a espaldas del memorioso. Uno ordena y compone a través de lo que escucha, de las fotos que contempla, de las reminiscencias, en una especie de ensalada mixta, no exenta de colorantes artificiales.

Me es imposible hacer a un lado lo obvio de que en los primeros años se aprehende al mundo y se aprende de él. Los sentidos y la emotividad, no coartada aún, van construyendo, almacenando, clasificando en la conciencia la percepción de lo que nos rodea. En estos años se está tan ocupado tratando de asimilar todo aquello con lo que uno se tropieza, que el tiempo se acelera y retrasa bastante caóticamente. No pueden entenderse, con facilidad, las actitudes de los adultos en casi nada. Y ese nada se hace evidente en la apreciación que, a los ojos de la infancia, cobra la mirada de los mayores para el transcurrir del tiempo.

Al decidirme a comentar algunas experiencias en torno a mi profesión, y venciendo la incomodidad que implica hablar impudicamente de uno mismo, resolví empezar este trabajo a partir de uno de los recuerdos que inauguran mi tiempo. Mi tiempo forjado desde las amplísimas variables del genoma humano, hasta las circunstancias significativas o insignificantes de mi núcleo familiar, social, que me impulsan al vuelo de la imaginación para desbordar las fronteras. Pero ese vuelo no puede nacer de la libertad, concepto por demás problemático. Nuestras circunstancias nos marcan indefectiblemente.

Por ejemplo, la doble jornada de las mujeres, de la que tanto se habla, si no de manera real, al menos en lo simbóli-



co, está presente en cualquier aprendizaje. No voy a referirme de forma específica a las labores que se les exigen a las niñas, que, aquí en estos momentos, se saldrían del tema, y que, por otra parte, han sido de sobra comentadas. Lo menciono en relación a cómo se reflejan las posturas en la conformación de la personalidad.

El mundo se construye de manera distinta para la niña. Cosa que, en principio, estaría bien, dada la diferencia de los géneros. Es sólo que el desarrollo natural se encuentra, en la futura mujer, lleno de interdictos. No conviene aquí ejemplificarlos, ya que por sabidos se callan. Y quizá de la misma manera en que los procesos del pensamiento rebasan las funciones fisiológicas del cerebro, así, no me parece sencillo discernir lo que pueda ser atribuido a la fisiología (concretamente a la de las hormonas) de lo que es producto de la for-

ma en que el entorno le es presentado a la niña. Porque, para cuando se es capaz de asomarse a conceptos abstractos, la personalidad ya está definida. Y en esta definición, entran en juego ciertos lineamientos. Los puntos de vista que, inevitablemente, se cuelan en el proceso educativo. Se privilegian unas miradas sobre las otras. Y esto aun en el caso más afortunado, cuando la familia nuclear quiere romper el círculo vicioso. Pero esa familia está instalada en la amplitud reductora del mundo. Y ahí, las cosas no son tan fáciles.

Ya que me es imposible hablar por todas las mujeres, me atenderé a mis experiencias. ¿Con qué ventajas o inconvenientes me he encontrado yo, como mujer que escribe?

1) En mis años jóvenes efectué una acuciosa labor de desaprendizaje. Pretendí ignorar todo aquello que me señalara como miembro del "segundo sexo". Así, negué, por ejem-

plo, conocimientos en el arte de la cocina o del manejo de las hebras (lo mismo da si gobelino o remiendo de calcetín).

2) Me sacudí, y desde luego que no me arrepiento, de los lastres represivos de la religión.

3) Incorporé a mi léxico, en este caso más bien oral, cuanta "mala palabra" se agitara en los aires turbulentos de esos años de ruptura de generaciones, hasta llegar a excesos realmente chabacanos.

4) Me negué a ser catalogada dentro de la escritura "dulce y sumisamente femenina" primero, y rabiosa y virulentamente aguerrida después. Busqué la asexualidad a ultranza. O, poetizando, me instalé en la androginia.

5) Escogí un modo de escribir escueto, temerosa de los efluvios del sentimentalismo, tan ligados a la crítica literaria que entonces denostaba así los puntos de vista mujeriles.

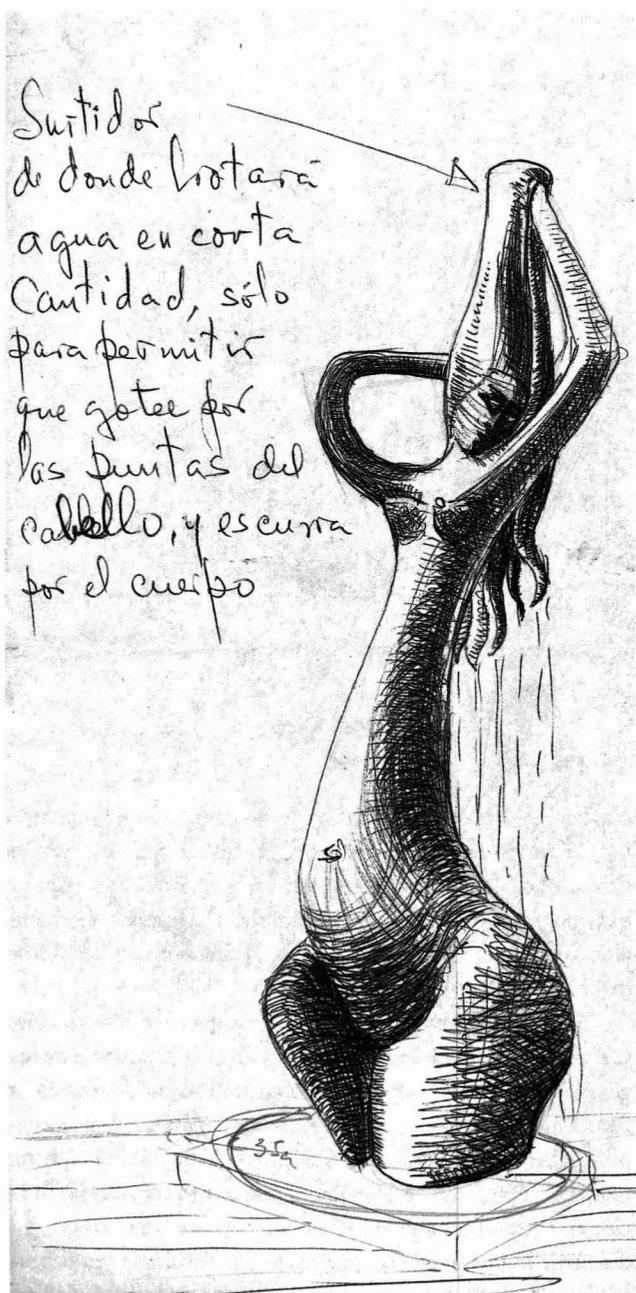
6) Pero desde que pude leer sola, leí todo lo que cayera en mis manos.

El tiempo transcurrió, y, a lo largo de ya muchos años, he analizado y matizado mis posturas. Tal vez necesité contemplar una bella fotografía de Virginia Woolf con un tapiz en las manos, para rescatar el gozo más inmediato de ver brotar, como si de la hoja en blanco se tratara, formas y colores de una urdimbre de hilos blancos también. Algo de mágico tienen ambas labores. La mirada es sorprendida por la irrupción de eso que cubre el vacío. Existen tantos circuitos en la mente humana y tantas formas de entregarse al placer, en este caso, con la confección de textos y texturas.

Algo similar me sucedió con las actividades alrededor de la cocina. De nuevo se impone aquí el deleite que abarca todos los sentidos, al disponer los elementos más allá de su mera utilidad nutricional. El gusto de presenciar la transformación de colores, olores, densidades, ayudados por un tiempo lento que los madura hasta la plenitud de su sabor, o que decanta y extrae la sazón óptima de un texto. Hoy estas artes son compartidas por algunos hombres. Y eso está bien, porque el congregarse en torno a una buena mesa, principalmente si es de nuestra creación, procura —desatando— momentos mucho muy gratos que rebasan la necesidad de saciar el hambre. Son instantes catalizadores del gozo inefable de la conversación, del encuentro con el otro. Igual que sucede con el diálogo al que el texto, goloso, invita.

Sin embargo, estoy segura que más allá de las modas, permanecen las constantes que nos hacen ser los individuos que somos. "Trágame a mi conmigo", dice sor Juana. Y, en efecto, los aires de los tiempos tienen los gustos, pero, en el fondo, la búsqueda obsesiva de cada quien ahí queda. Yo descubrí, después, que mi entrega a una escritura sin adornos no se debía al temor a delatarme como mujer que escribe. Se trataba de un estilo literario que, con muchas excepciones de mi admiración a otras formas, es el que me seduce. Aunque vuelvo a lo antes dicho: finalmente, soy una mujer que escribe. ¿Y qué de malo hay en esto?

Pero en el momento de sentarme frente a la hoja (o la computadora), dejo de pensar en mi condición femenina, para convertirme en alguien que pretende ampliar o alterar





con tinta los horizontes de su tiempo, los pequeños hechos cotidianos que construyen cualquier vida. Sin embargo, en mí están mis memorias, y no puedo ni quiero evitar tampoco (quizá nadie lo pueda) que, detrás de la anécdota, en las entretelas de otros registros de la escritura, se agiten no sólo mis preocupaciones de orden estilístico, sino las otras, esas preguntas sin respuesta que rigen nuestra vida. Son unas cuantas, creo, desde que existe el género humano. No deben haber cambiado mucho, lo que se modifica, tal vez, es la manera de hablar de ellas.

Por otra parte, el diluvio de “malas palabras” se atenuó, hasta convertirse en un chipi-chipi. De venir al caso, las utilizo, pero no siento la obligación de salpimentar la conversación con ellas, como requisito para despojarme de un corsé, ya hecho girones. En el amplio prisma de posibilidades, mi discurso oral y escrito selecciona lo que le conviene. No más. La época juvenil de destrozarse los moldes quedó atrás, consecuencia natural del transcurrir del tiempo. La lucha por, en verdad, romper esquemas ideológicos o literarios precisa de manifestaciones mucho más profundas. Permanecer en el escándalo es terriblemente frívolo y, a estas alturas, inconsecuente.

Debido al éxito comercial de muchos libros de mujeres, ha surgido una manera muy despectiva para hablar del fenó-

meno. Y, puesto que el fulgor rutilante de los reflectores no es mi caso, creo poder decir que encuentro injusto tal desprecio. Porque, baste examinar las publicaciones de un gran número de hombres, para detectar, en el tono peyorativo de los comentarios a los que me refiero, la pretensión de encasillar, minimizando, la escritura hecha por mujeres. La crítica habla de lo superfluo de temas o tratamientos literarios, pero, ¿y qué decir de la infinidad de hombres que busca conquistar el mercado con técnicas, por lo menos, igual de pobres?

Hace años escuché hablar de la fragmentación en los textos femeninos, asunto que entonces se veía como muy característico de dicha escritura. Sin embargo, hoy en día se publican libros de varones elaborados con esta modalidad. Se trata, finalmente, de un estilo, que ha sido asimilado a la creación literaria. Cesó de ser una limitante de género. Quizá ahora sea, más bien, reflejo de los modos de estos tiempos.

He querido dejar para lo último el tan traído y llevado asunto del punto de vista femenino en la elaboración de la obra. El hombre —se dice— tiende a globalizar, mientras la mujer particulariza. El hombre se aboca a los problemas amplios de la humanidad, las mujeres reducen su lente a las minucias que sólo pueden tener interés para ellas mismas. ¿Será?

De nuevo hablo por mí, a partir de mis reflexiones, y es probable que haya mujeres que no estén de acuerdo conmigo, porque pretenden incorporar a sus textos una óptica masculina. Sin embargo pienso que, si por razones de género o de cultura, *grosso modo*, existen dos amplios polos para observar al mundo, ¿por qué sólo debe privilegiarse una mirada? ¿En realidad, los libros de los hombres son tanto más trascendentes? ¿Son, de veras, tan dignos de no ser tomados en cuenta los acercamientos a las pequeñas acciones o a las sensaciones que conforman la vida del ser humano? ¿Dónde quedaría, entonces, Chéjov, por ejemplo?

En una de sus cartas al joven poeta, Rilke habla de la lucha de sexos y de su esperanza para llegar a la armonía: “...un día la joven *será*, y *será* la mujer, y sus nombres no significarán más lo mero contrario de lo masculino, sino algo por sí, algo por lo cual no se piense en ningún complemento ni límite, sino nada más que en vida y ser: el ser femenino”.

La fina sensibilidad del escritor así lo visualiza, y, yo para mí, desde hace mucho tiempo pienso que no estoy dispuesta a seguir considerándome literariamente asexual. Busco las puertas generosas del ejercicio de las letras a partir de lo que soy: una mujer que ha leído a lo largo de su vida, que no ha dejado de escribir, que se siente tercamente compelida a seguir por los caminos de la creación con su carga de memorias, con la poca o regular destreza que haya adquirido a través de los años, y que le otorga ciertas modalidades a su escritura, más allá o más acá del género.

Ésas son las lindes de mi campo de batalla. Lucho por escribir lo mejor que me sea posible, mi compromiso es sólo ése. Aunque quizá si hubiera entrado al mar en brazos de una tía, y no de un tío, las cosas hubieran sido diferentes. ♦